

ABEL REGALA SOLES

Istvansch

Abel dibuja soles y se los regala al quiosquero, a la vecina de aquí, a la vecina de allí y a la de la otra manzana también. A la maestra, a la directora, al portero. Al perro de todos ellos y al elefante cuando va al zoológico.

Abel no dice nada cuando le gusta una película: dibuja un sol para el acomodador del cine. No dice nada cuando le gusta un jardín: hace un sol para el jardinero. Nada de nada cuando le gusta un libro: por correo manda un sol al autor.

Papá dejó de contar los soles cuando no le entraron en los cajones del escritorio. Mamá, mucho después, cuando la pila de soles ya medía como dos metros (¡era más alta que la puerta de la cocina!).

Abel no habla ni sonríe... Abel regala soles.

Era muy pequeño cuando empezó a dibujar soles y, sin necesidad de magia, le salían con luz propia. Eran brillantes, fosforescentes. Toda la gente los recibía contenta y sonreía, con una sonrisa tan luminosa como los soles de Abel.

Pero cuando todos tuvieron montones de soles, empezaron a cansarse y le dijeron:

- ¡Basta Abel! ¿Por qué no dibujás otra cosa?

Abel siguió sin hablar, siguió sin sonreír... Y dejó de regalar soles.

Los soles de Abel dejaron de brillar.

Entonces, vino la tormenta.

Llovió un día, otro más, otro, otro y otro. Llovió semanas y meses. El quiosquero, la vecina de aquí, la vecina de allí y la de la otra manzana, la maestra, la directora y el portero, los perros y el elefante estaban arrugados de tanta agua. Todos se habían resignado a que las nubes no se irían nunca más. Y cuando nadie tenía esperanzas de salir de esa oscuridad... llegó Can-

///

///

dela, la hermana de Abel. Tenía los ojos negros y grandes, era pequeña y rosada. Sin saber cómo demostrar su alegría, después de tanto tiempo sin regalar soles, Abel puso uno en la mano de la recién nacida.

Candela todavía no sabía hablar, pero papá y mamá vieron su primera sonrisa frente a ese sol.

Como siempre, Abel ni habló ni sonrió cuando papá y mamá lo abrazaron fuerte, pero el sol de Candela empezó a brillar.

Y los soles de papá y mamá, los de las vecinas y el quiosquero brillaron también. Todos los que tenían un sol de Abel vieron como volvía a brillar. Y dejaron de importarles la lluvia y la tormenta, porque tenían montones de luminosos soles de Abel.

Y de cada casa nació un brillante arco iris.

© Istvansch

Istvansch es ilustrador, diseñador y escritor. Nació en Madrid pero radicado desde niño en Argentina, ha publicado muchos libros en todo el mundo y fue distinguido con numerosos premios por su obra, entre ellos el Primer Premio Fantasía de Literatura Infantil, el Octogonal de Honor 2004 (Francia), la Lista de Honor de IBBY 2016 y en ocho ocasiones fue incluido en la Lista de Honor de ALIJA. Candidato por Argentina al Premio Hans Christian Andersen 2002 y 2004, y al premio Astrid Lindgren 2017 y 2018.